

lla su vista el enfermo, quedó sorprendido al ver no sé qué aire de majestad angélica esparcido en su semblante, que acabó de persuadirle de que iba á ser curado; y no se engañó, porque en el mismo instante cesaron los dolores, se durmió profundamente y se despertó enteramente sano. Pudiera referir aquí otras muchas curaciones milagrosas; mas para no anticipar, no añadiré más que un sólo hecho que acabará de probar la bondad de su corazón.

Entre los numerosos pollos que criaba Mariana en el corral de la casa paterna, encontróse una vez un gallito muy hermoso: su cuello parecía cubierto de púrpura, la cresta majestuosa estaba coronada de un brillante copete de plumas; las alas ostentaban unas plumas de colores brillantes y variados, y la cola que terminaba por un arco iris; en fin este hermoso animal hacía las delicias de la familia, que se alegraba con el pensamiento de obtener de él una raza entera de preciosos polluelos. Al crecer el gallo se iba poniendo más hermoso, pero era tan perezoso que continuamente estaba echado en el suelo sin querer jamás cantar. La madre de Rosa despues de algun tiempo, no esperando ya verle multiplicarse, dijo un dia á su marido y á sus hijos que iba á matarle para servirle al dia siguiente en la mesa. Rosa, que e-

ra muy jóven todavía, tuvo lástima de este hermoso animal, y volviéndose á él dijo con inocente simplicidad en presencia de toda la gente: "Cantad, chiquitito, cantad pronto, para que no os cueste la vida..." Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el gallo, poniéndose en pié y sacudiendo fuertemente las alas, se puso á cantar con una voz retumbante. En seguida recorrió el patio con paso firme y precipitado, volviendo á cantar cuantas veces se lo mandaba la jóven. Todos los asistentes se pusieron á reir y revocóse la sentencia de muerte. Desde ese dia no cesó ya de hacer oir su voz sonora á las horas en que los otros gallos acostumbran cantar, y pobló además el corral de polluelos de su especie.

Pero volvamos á otras cosas más serias.

#### CAPÍTULO XXIV.

De la confianza en Dios que tenía nuestra Santa y cómo era muy bien recompensada.

Rosa, desde su más tierna infancia, había sido prevenida por Jesús con las bendiciones de su dulzura, inspirándole tal confianza en su misericordia, que jamás dudó un solo instante de su proteccion. De aquí venia ese gusto particular que tenía por estas

palabras del Salmo 69, *Deus in adjutorium*, etc., proferíalas sin cesar, cantábalas frecuentemente duante su trabajo, y esta peticion, léjos de serle fastidiosa la consolaba cada vez más. Cuando iban á visitarla los religiosos, nunca dejaba de suplicarles que le explicaran este verso, para poder penetrar mejor su espíritu y gustar de su dulzura deliciosa; mas si pedía estas esplicaciones, no era por falta de inteligencia, pues nadie comprendía tan bien como ella esta oracion, ni hablaba de ella con tanto acierto, sino que lo hacía únicamente por devocion y para procurarse ese dulce consuelo. Preguntándole un día una persona acerca de las razones que tenía para preferir estas palabras á tantas otras de la sagrada Escritura, es, respondió, porque ellas eran el consuelo de mi madre Santa Catalina de Sena, y procuran á mi corazon como un festin delicado.

Entre los objetos de su confianza. había tres, acerca de los cuales le había dado Dios tal seguridad, que no le quedaba ninguna duda respecto á ellos: estos eran, su eterna bienaventuranza, la conservacion de la amistad de Dios y su socorro infalible en las necesidades y peligros. Entremos en algunos detalles acerca de esto, tan útiles como agradables. Queriendo Jesucristo por un favor especial, dar á esta querida vírgen una

entera certidumbre de su salvacion, le proporcionó la ocasion permitiendo al demonio que la tentara contra la esperanza. Hé aquí el hecho: Buscando una vez algun consuelo en el pensamiento de la gloria, le vino á la memoria el misterio de la predestinacion, presentándosele le bajo un aspecto que la hizo temblar. En medio de su espanto, recurrió á su oracion favorita, é inmediatamente oyó la voz de su Esposo que le decía: "Hija mía, yo no condeno sino á aquellos que quieren condenarse. Desterrad, pues, de vuestro espíritu, desde ahora toda inquietud respecto á ese punto., No puede decirse qué confianza tan grande le inspiró este discurso pronunciado con un tono que le enseñó mucho más de lo que significaban las palabras. Y así, en lo de adelante, no tuvo ya ninguna inquietud acerca del importante negocio de su suerte eterna.

Entre tanto, quiso el Señor darle acerca de esto una nueva seguridad. Cuando vivía en la celda de su jardin, estando un dia en oracion tuvo un éxtasis, y vió, aunque entonces estaban en el invierno, la tierra cubierta de rosas. Admirada de este milagro, procuraba comprenderlo, cuando se le apareció la Santísima Vírgen teniendo en sus brazos al Niño Jesus. Esta divina Madre la llamó de un modo muy cariñoso y le dijo

que juntara estas flores en un lienzo de su vestido. La jóven obedeció con solícitud, y cuando estuvo el vestido lleno corrió á ofrecerlas á su divino Maestro. "Dadme la más hermosa, le dijo el amable Niño, no quiero más que esa.,," Despues de haberla recibido con aire agradecido añadió: "Esta rosa es tu imágen, y yo la conservaré preciosamente; haz de las otras lo que te agrade.,," Rosa comprendió muy bien el sentido de estas palabras, y muy contenta con versé entre las manos de Jesus se dijo interiormente: Yo soy del número de esas almas de quienes está escrito en el Evangelio de San Juan: "Nadie podrá arrancarlas de mis manos, y yo les daré la vida eterna.,," Siendo dueña de disponer de las rosas que le quedaban, no tuvo mucho que pensar en el uso que había de hacer de ellas: en un abrir y cerrar de ojos, tejió una corona, que se atrevió á colocar ella misma sobre la cabeza de Jesus. El Niño la miró con una dulce sonrisa, le dió su bendición y desapareció.

Preguntándole un dia el doctor Don Juan de Castilla si Dios le había dado á conocer que fuese predestinada, respondió: "Yo sé de lo alto, que Dios me ha elegido de toda eternidad para la gloria celestial, y mi confianza es tan cierta, que toda revelacion más clara sería superflua.,," Explicóse acerca de

esto de un modo más positivo aun, en su última enfermedad; porque no contenta con hablar del cielo como de un bien que había conquistado dijo, ó por lo ménos dió á entender que subiría allá sin pasar por el purgatorio. Hé aquí el hecho: Habiendo venido á visitarla muchas personas piadosas, hablaban con ella de las verdades de la salud eterna, y recayendo la conversacion acerca del purgatorio, dijo una persona: Es una gracia muy grande el ser preservado de él; pero esta excepcion es ciertamente muy rara. Es ya mucha misericordia de Dios el llevar al cielo por este camino á las almas escogidas; en cuanto á mí, no espero otra cosa; por esto, el purgatorio es el objeto de mis más ardientes deseos. "Pues yo, respondió Rosa, llevo más léjos mis esperanzas. Jesucristo es mi Esposo, y los grandes y raros favores no exceden los límites de su poder. ¿Por qué había de limitarme á esperar de él unos beneficios pequeños ó medianos? Esto sería desconfianza, y si yo la tuviera creería despreciar su bondad.,," En consecuencia, la muerte no le causaba ningun espanto, pues la veía como la portera del cielo y esperaba su venida con una especie de impaciencia. Así, cuando los médicos le anunciaron que su enfermedad no tenía remedio, respondió con semblante alegre: "Que no me lo dijérais

más pronto! no podíais anunciarme una noticia más agradable.

La conservacion de la gracia y de la amistad de su Dios era para Rosa otro favor igualmente cierto, porque en muchas ocasiones le había prometido el Señor que jamás permitiría fuese separada de su amor ni aun por un instante. Uno de sus confesores, el P. Pedro de Loayza, admirado de una revelacion tan maravillosa, quiso ver hasta qué grado confiaba en esta seguridad. Un día, pues, que le confesaba no sé qué falta muy leve, aparentó inquietarse por ello, y dijo que deseaba saber si esta falta había sido voluntaria, que la rogaba hiciera acerca de esto un exámen serio. Despues de algunos minutos de silencio, dirigióle una multitud de preguntas capaces de espantar su conciencia delicada. Rosa, al pronto, no sabía qué pensar de este lenguaje anfibológico, mas estando cierta de no haber perdido la amistad de Dios, comprendió luego el fin oculto de esta insidiosa exploracion. Entónces le respondió con modestia: "Con mucha justicia padre mio, procurais inspirarme el temor, relativamente á mi salvacion, y le pido á Dios, me haga la gracia de que trabaje en ella de un modo conveniente. No temo confesar que soy una pecadora, pues que para hacer esta confesion estoy prostra-

da en este momento á vuestros pies. No obstante, por un efecto de la bondad de mi Esposo, siento en mí unas señales tan infalibles de su presencia, que me persuadirían de todo en el mundo, ántes que hacerme creer que he perdido su amor. Por otra parte, sé lo que se ha dignado prometer á esta su sierva aunque indigna. No, padre mio, no soy culpable de pecado mortal: y aun estoy segura de no cometerlo jamás. Tal es mi confianza, no en mí, sino en el Señor, no en mis méritos, sino en su fidelidad en guardar todas sus palabras. El cielo y la tierra pasarán, pero lo que ha dicho no pasará en vano., El confesor ya convencido, la consoló, diciéndole la intencion que había tenido de poner á prueba la firmeza de su confianza.

Rosa no se doblegaba tampoco en las ocasiones en que su valor habría podido alarmarse, ni en cualquiera afliccion que padeciese. Esto me es fácil probarlo, por algunos hechos que por otra parte son muy interesantes. Su madre, por un efecto de su temperamento, tenía miedo á los espectros y las fantasmas, á tal punto, que no se atrevía á ir sola en la noche al jardín, ni á los lugares inhabitados de la casa. Tambien Rosa era naturalmente muy tímida; mas no obstante, arrastrada por su atractivo por la oracion, no huía ni de las tinieblas ni de los

lugares desiertos, y esto, desde su mas tierna infancia. Una tarde, por ejemplo, sintiéndose fuertemente atraída á Dios, fué á ocultarse en la parte más oscura del jardín para meditar con toda libertad. Llegó la noche cubriéndola con sus espesas tinieblas; mas ella continuó su meditacion. Su madre, admirada de ver que no volvía á la casa, y quizá un poco inquieta, fué á buscarla acompañada de su marido. Rosa al oír la voz de sus padres, se adelantó á su encuentro, muy ocupada con un pensamiento que sin duda le vino del cielo, y que le inspiró una grande y firme seguridad. "Hé aquí, se dijo á sí misma, á mi madre que viene á buscarme en medio de las tinieblas de la noche. Yo conozco en el tono de su voz que no tiene miedo como de ordinario. ¿De dónde, pues, le viene este valor no acostumbrado? Sin duda de la presencia de su esposo que la acompaña. Pues bien; yo tambien tengo un Esposo más atento, más poderoso y fiel; estoy continuamente y por todas partes en su presencia; y no se contenta con estar á mi lado, sino que está enmedio de mi corazón, como para velar mejor por mi seguridad. ¿Pues por qué he de temer? ¿Qué cosa desagradable puede sucederme ni de noche ni de dia? ¡Cómo! ¡rehusaré yo á un Dios la confianza que mi madre concede á

un hombre!," Este pensamiento quedó tan profundamente grabado en su memoria, que en adelante no volvió á tener miedo á nada.

A la razon no dejó de encontrarse Rosa en algunos peligros capaces de disminuir su valor. Sucedió que viniendo un dia del campo con su madre y sus hermanos, vieron un toro, que habiéndose escapado del establo, y arrastrando sus lazos venía corriendo furioso á su encuentro. Su madre y sus hermanos, espantados, quisieron huir; pero ella les rogó que estuvieran quietos por temor de irritar al terrible animal, y continuó su camino, pronosticando que pasaría sin perjudicar á nadie. Todavía estaba hablando la jóven con los ojos levantados al cielo, cuando el toro cambiando de ruta púsose á seguir á otros individuos que huían á través de los campos. Viendo luego que sus padres, á pesar de que ya se había alejado el peligro, estaban aún sobrecogidos de espanto, los exhortó á contar con el auxilio del Todopoderoso, cuanto más inminentes é inevitables les pareciesen los peligros.

En otra ocasion volviendo Rosa en carruaje, de una peregrinacion lejana, con su madre y algunas señoras piadosas, corrió un peligro muy grande en la misma ciudad. Era preciso atravesar una plaza pú-

blica para llegar á su casa, y encontraron que estaba obstruida por una inmensa multitud en medio de la cual se agitaba un toro enfurecido, que el pueblo lo irritaba más y más con sus gritos confusos. Espantado el animal con la multitud y no hallando por donde escaparse por la opresion de todas las filas corría ya á la izquierda ya á la derecha, con la cola levantada, las crines erizadas, las narices humeantes echando espuma por la boca, sacudiendo sus cuernos amenazadores, lanzando con los pies el polvo en el aire, y dando horrorosos mujidos. Al ver el carruaje que se habría paso al través de la multitud, corrió derecho á él con grande espanto de las señoras que iban allí encerradas. Todas saltaron al suelo y corrieron á las casas inmediatas; el cochero bajó tambien y se escondió detrás del caballo: solo Rosa permaneció tranquila en su lugar, y dijo en alta voz que el toro no llegaría hasta el carruaje. Efectivamente, cuando estuvo ya cerca se detuvo, y retrocedió. ¿Qué es, pues, lo que había dado, en un peligro tan inminente, esta imperturbable seguridad á nuestra santa? La presencia de su Esposo á quien dirigió estas cortas palabras: "No temeré el mal que esta bestia pueda hacerme porque vos estais conmigo.."

Si no la abandonaba su confianza en tan grandes peligros, mucho ménos la perdía en la penuria de las cosas indispensables á sus necesidades ó á las de su familia. Un dia, faltando el pan en la casa, al mismo tiempo que el bolsillo de su madre estaba enteramente vacío, vino uno de sus hermanos á darle parte de esta urgente necesidad. A esta noticia, en lugar de afligirse, recurrió á su Esposo, como pudo comprenderlo su hermano al ver un ligero movimiento de sus labios; luego, levantándose fué á abrir la despensa que se encontró llena de panes de una blancura admirable y de una forma inusitada en el pais, lo cual certificó el milagro.

En otra ocasion fué la miel la que llegó á faltar, y en Lima, despues del pan, la miel es el alimento más usado. Al sentarse la familia á la mesa, María de la Oliva encargó á uno de sus hijos que fuese á sacarla al vaso que contenía este alimento: pero nada de miel, el vaso estaba vacío. La madre, no pudiendo creerlo, despachó al segundo hijo, luego al tercero, pero en vano. Entónces Rosa, compadecida de la necesidad de la familia, y sintiéndose animada de grande confianza, dijo á su madre: "Si me lo mandais, iré yo á mi vez, en el nombre del Señor, para ver si es cierto que no queda nada de miel." A una señal afirmativa, bajó á la

cueva, y encontró el vaso lleno de una miel nueva que se derramaba sobre sus bordes, A esta noticia todos bajaron, siendo testigos con sus ojos del milagro que fué muy provechoso para la familia, pues tuvo bastante miel para nutrirse por ocho meses enteros. Así, pues, se vió por la primera vez y quizá por la última, una rosa, que en lugar de proveer á las abejas con que hacer su miel, hacía ella misma la funcion de las abejas.

El padre de la santa, estando ya anciano y enfermo, tenía una afliccion que lo atormentaba más que sus males corporales, y era el no poder pagar una deuda de cincuenta libras. La madre, teniendo que proveer á las necesidades de la casa, y sufriendo las importunidades del acreedor, se consumía de pena. Testigo Rosa de este doble sufrimiento, el cual su excelente corazón no podía permanecer insensible, se resolvió á hacer uso de la llave de su confianza cordial para abrir el tesoro divino, y en verdad no fué envano; pues despues de haber ido á orar un corto rato á la iglesia, volvía á la casa cuando se encontró con un desconocido que la saludó, le entregó una bolsa y continuó su camino. Rosa, á su vuelta, habiéndola abierto, encontró allí precisamente las cincuenta libras que necesitaba su padre. Inmediata-

mente corrió muy contenta á donde este estaba y se las entregó diciendo que siempre debía tenerse una grande confianza en la bondad de Dios. No tengo necesidad de decir cual fué la alegría del anciano y su exactitud en pagar una deuda que le hacía tan amarga la vida; y no fué esta la única vez que se vió socorrida de este modo por personas misteriosas y desconocidas. Podría citar muchos rasgos semejantes; pero ya es bastante acerca de esta materia.

#### CAPÍTULO XXV.

Predice Rosa la fundacion que mas tarde debía hacerse en Lima, de un monasterio de Santa Catalina de Sena, como sucedió efectivamente despues de su muerte.

En el año de 1622, es decir, cinco años despues de la muerte de la bienaventurada, una viuda rica estableció en Lima un monasterio de Santa Catalina de Sena, el cual en la actualidad, (1668), no es inferior bajo ningun aspecto á los más famosos de la Europa. Está edificado en uno de los más hermosos sitios de Lima: sus edificios son vastos y magníficos, y allí sirven á Dios doscientas religiosas bajo de una exacta clausura y en la más perfecta regularidad. Rézase allí el oficio canónico de dia y de noche con tanta